

Confederación e ironía: crónica de una muerte anunciada (*Celestina*, autos I-XII)

Joseph T. Snow
Michigan State University (Emérito)

Para mis alumnos de la UNAM, septiembre de 2012¹

Introducción

Celestina muere asesinada violentamente en el auto XII de los XXI que componen la obra que hoy día lleva su nombre por título.² La vemos sorprendida y pasmada ante la idea de que sus dos confederados pudieran matarla, en el momento en que Sempronio y Pármeno se dan cuenta de que los bienes recibidos de Calisto nunca se repartirán en las tres partes acordadas, provocándoles la ira que les llevará a cometer el asesinato; homicidio no previsto cuando decidieron visitarla para pedir sus partes del botín. Ocurre el sonado asesinato a altas horas de una noche que terminará fatal, no sólo para la alcahueta, sino también para sus asesinos.³ Celestina, arrinconada y sin defensas contra la implacable furia de los engañados criados de Calisto, clama en voz alta: «¡Justicia, justicia, señores

1.– Este trabajo es un tributo a la profesora, M^a Teresa Miaja de la Peña, que me invitó a dar un curso intensivo sobre *Celestina* en la UNAM (septiembre 2012) y al maravilloso grupo de quince estudiantes que lo siguieron. A todos ellos, profesora y alumnos, dedico este estudio sobre un tema que se me ocurrió por primera vez en el curso, pero que pude tocar sólo tangencialmente. Este es el resultado de mis reflexiones sobre el comienzo y final de un proceso que acaba con la muerte de Celestina y sus confederados. Una versión muy abreviada se leyó en las IV Jornadas Medievales patrocinadas por el grupo MEDIEVALIA en la Universidad Nacional Autónoma de México (11-5 de febrero de 2013).

2.– Para los muchos estudiosos y editores que siguen usando el artículo en el título de esta obra, recomiendo la lectura de Keith Whinnom, «*La Celestina*», «*The Celestina*», and *L₂ Interference in L₁*», *Celestinesca* 4.2 (Nov. 1980), 19-21. También cabe referirnos al estudio de Erna Berndt, «Peripecias de un título: en torno al nombre de la obra de Fernando de Rojas», *Celestinesca* 9.2 (Otoño 1985), 3-46 (ilustrado).

3.– No hay que olvidarse de la punzante ironía que domina este auto XII: la demostrada cobardía de Sempronio y Pármeno que compiten por ver cuál es el más cobarde (mientras Calisto queda dialogando con Melibea ante la puerta cerrada) y la posterior escena del asesinato cuando fingen haber sido valientes y bravos y, en estado de exaltación, acaban siendo matones.

vecinos,⁴ justicia, que me matan en mi casa estos rufianes!» (xii, 274).⁵ Es ella la que se da plena cuenta en esos momentos del enorme error cometido al forjar una confederación con los criados de Calisto. Lo hecho hecho: la ironía de la situación es portentosa, puesto que Celestina, sin saberlo, será una activa agente de su propia muerte.

Rastrearé a continuación de manera minuciosa la formación y desarrollo de la confederación de tres que Celestina consolida en el primer auto de la obra y su trayectoria en los once autos siguientes, esperando que sirva como una nueva aportación a los hilos complejos que ella misma teje, hilos que se convertirán —metafóricamente— en los de su mortaja. Creo que Celestina, al entablar esta alianza con los dos criados de Calisto, no actuó adecuadamente. El hecho, sin embargo, es que ella los consideró necesarios como cómplices de este asunto, creyendo que siempre podría manipularlos a su placer. Lo que ahora me interesa es la siguiente pregunta: ¿por qué tuvo a bien crear esta confederación?

Celestina la crea por diferentes motivos. El primero de ellos es que al inicio de la acción de la obra es de avanzada edad (sesenta años dice [xii, 273]); su estado civil es el de una vieja venida a menos económica (su manto es viejo y raído, y ya no puede tomar sino sorbos de vino) y profesionalmente (sólo una puta joven, Elicia, queda trabajando en su casa-burdel). Además de estas circunstancias, y a pesar de auto-elogiarse ante Calisto sobre los ruegos de otros cuyas peticiones ella ha tenido que aplazar para dedicarse a su comisión, su único cliente es Calisto.⁶ La necesidad de dinero y la pérdida de casi todo lo que había tenido en sus años de gloria hará que acepte con alacridad la inesperada embajada que Calisto le ofrece, pagándole con un anticipo: las cien monedas de oro. Lo más interesante para los lectores es que la vieja recibe este generoso avance al final del auto primero, habiendo formado ya la confederación con Sempronio y Pármeno por separado, sin conocer la enemistad que entre ellos existía. También parece que le falta a Celestina una buena parte de la confianza de sus mejores años y, cuando encuentra el primer obstáculo potencial (las críticas de Pármeno a su pasado y presente), es cuando piensa abrir esta confederación, ampliándola de dos a tres. Pero volvamos al primer momento, cuando se le notifica el agudo problema sentimental de Calisto.

4.— Esta es la única referencia en la obra a los vecinos de Celestina. Pero como había cerca una patrulla de alguaciles que oían sus gritos y acudieron raudo para investigar su origen, sabemos que ella vivía en un barrio poblado.

5.— Manejo la edición de D. S. Severin, Madrid: Cátedra, 1998, citándola por auto y página. Aviso de antemano que todo lo que tengo señalado en letra cursiva es énfasis mío.

6.— En boca de Celestina aparecen muchos personajes del pasado, pero en la actualidad hay solo una mención a una cliente («¿La de la manilla es?, vii, 209).

Celestina antes de recurrir a la confederación: el fondo psicológico.

Cuando por la mediación de Sempronio sabe que Calisto «arde en amores de Melibea» (I, 107), hija única de Pleberio y Alisa, antiguos vecinos de Celestina, es como si de la nada hubiera surgido algo milagroso y prometededor para llenar sus bolsillos vacíos. Con ese ardor del caballero rico y la seguridad del respaldo de su alianza con su conocido criado y emisario, Sempronio, Celestina comienza a soñar en salir de su estado de penuria y declarará a Sempronio, hablando de Calisto: «Su desatino y ardor *basta perder a sí y ganar a nosotros*» (III, 144). Celestina conoce a Sempronio, amigo de Elicia, pero nunca tuvo oportunidad de conocer a Calisto,⁷ aunque conociera bien a Melibea y su madre, Alisa.

Celestina fue vecina de la familia de Pleberio durante cuatro años (VI, 189), pero han pasado dos desde que se mudó a otro barrio (IV, 158). Interesa saber que lo que la madre de Melibea, Alisa, recuerda de la Celestina de aquellos años es que era una pobre mujer que a veces venía a la casa a pedirle ayuda.⁸ Por haber pasado Celestina cuatro años viviendo cerca de Melibea y sus padres, lo que Sempronio dice de ellos era bien sabido por la alcahueta: «Piensa en su padre; que es noble y esforzado, su madre celosa y brava, tú la misma sospecha. Melibea es única a ellos; faltándole ella, fáltales todo el bien; en pensallo tiemblo; no vayas por lana y vengas sin pluma» (III, 145).⁹ Otro factor a tener en consideración es que, a pesar de los mil asuntos de los que se jactaba tener entre manos con hombres y mujeres de la ciudad,¹⁰ es bien dudoso que ella hubiera lle-

7.– Quiero decir como adulto no lo conoce a Calisto personalmente. Pero, si no es un invento suyo, ella dice ayudarle venir al mundo, como partera que era, en esta explicación a Melibea «(...) aquí está Celestina que le vido nacer y le tomó a los pies de madre» (IV, 167).

8.– Dice Alisa a Lucrecia, al recordar por fin quién es la mujer que está a la puerta: «Ya me voy recordando de ella. Una buena pieza; no me digas más. *Algo me verná a pedir*» (IV, 152). Alisa, pensémoslo, lleva al menos dos años sin ver a Celestina y no le recuerda al instante. Pero podemos entender claramente por esta escena, que nos debe llamar la atención, que para Celestina su estado de mujer necesitada no es reciente. Hay otras indicaciones de su penuria actual en el texto (por ejemplo, sus haldas y manto con agujeros; el haberse quedado con sólo una muchacha trabajando en casa y la lamentada costumbre perdida de sus buenos vinos, etc., tan bien traídos a cuenta en el auto IX) que apuntan en esta misma dirección.

9.– Con palabras similares, Melibea destacará después lo que Sempronio afirma de su importancia para sus padres: «Déxenme [mis padres] gozar de mi mocedad alegre si quieren gozar su vejez cansada (...) que ni quiero marido, ni quiero padre, ni parientes. *Faltándome Calisto, me falte la vida*, la qual, por que él de mi goze, me aplaze» (XVI, 304-305, en cursiva las palabras irónicas que anticipan las muertes de los autos XIX y XX). Cuando Sempronio antes hablaba de si les falta a los padres su hija, les falta todo el bien, es fácil sospechar que la malvada alcahueta comienza a pensar en arruinar a los padres al mismo tiempo que satisfacer los deseos de Calisto, matando dos pájaros de un tiro.

10.– Dice Celestina a Calisto en el auto XI: «todo este día, señor, he trabajado en tu negocio, y he dexado perder otros en que harto me yva; muchos tengo quejosos por tenerte a ti contento.

gado a alcahuetear en casas tan prósperas y nobles como la de Pleberio.¹¹ Y como la progresiva disipación de la cómoda vida de Celestina, detallada en el auto IX, contrasta con las riquezas acumuladas por Pleberio en las últimas décadas —desde el nacimiento de Melibea— la comisión de Calisto le ofrece a la vieja venida a menos una oportunidad de vengarse, quitándole la pureza virginal de su hija (nunca creyendo que podría ser también su vida).¹² Los distintos trayectos de las fortunas del empresario y la alcahueta deben figurar en su mente como una motivación más para aceptar con tanta presteza la embajada de Calisto, pagada con una generosa cantidad de dinero, un importante alivio inicial para paliar su indigencia actual.¹³

Calisto parece ser también de la clase de hombres que nunca ha tenido necesidad de trato con alcahuetas. Disfruta de una vida acomodada como hijo de familia de «claro linaje» (xx, 333), tiene cuatro criados, aves de caza (i, 87), caballos (ii, 136-137), buena ropa, como el jubón de brocado que regala a Sempronio (i, 103) y la cadena de oro que espontáneamente da a Celestina (xi, 250) entre sus ricos adornos, sin olvidar las cien monedas de oro que ella recibió en el primer auto y la promesa de un manto y una saya (vi, 185). Esta embajada para servir como medianera entre este nuevo cliente —tan liberal con su dinero— y la única hija de Pleberio le debió parecer una bendición, dada la realidad de su situación económica. En esos momentos se encuentra poseída de la alegría de tan prometedora embajada y toma la determinación de no errar en su comisión. Es por este deseo de no fracasar, creo, que se vio tan dispuesta a

Más he dexado de ganar que piensas (...)» (xi, 249). Y antes había exagerado hablando con Calisto: «¿con que pagarás a la vieja que hoy ha puesto su vida al tablero por tu servicio?» (vi, 176-77). La misma impresión quiere comunicar a sus dos confederados para aventajarse en cuanto a su trabajo: «Que si [Calisto] me ha dado algo, *dos veces he puesto por él mi vida al tablero*» (xii, 271). Y viendo la estupefacción del amante ante la noticia del acordado encuentro con Melibea a la medianoche, Celestina le reprueba diciendo: «Mal conoces a quien tú das dinero» (xi, 252). Pero de nada de esto hay evidencia en el texto; Celestina hace teatro para hacerse valer delante sus interlocutores.

11.— Aún así, Celestina enumera entre sus clientes a casi todos los niveles de eclesiásticos: «*moços de abades*» (i, 110); «*monasterios de frayles y monjas*» (i, 111); «[Claudina fue] querida así de cavalleros como de *clérigos*» (vii, 197); «*el cura que le consoló*» (vii, 199); «*dispenseros y canónigos*» (ix, 223); «*abades de todas dignidades, obispos hasta sacristanes*» (ix, 235), «*viejos devotos que mandaban sus escuderos y moços*» (ix, 236); y «*otros curas sin renta*» (ix, 236). Incluyo además los clérigos asociados con Claudina, porque ella y Celestina hacían todo juntas (iii, 142; vii, 196-97).

12.— Dos menciones de Pleberio en boca de Celestina dan solidez a esta interpretación; la primera: «*Más quiero offender a Pleberio que enojar a Calisto*» (iv, 150); y la segunda, hablando de Melibea a Calisto: «*Que es más tuya que de sí mesma; más esta a tu mandado y querer que de su padre Pleberio*» (xi, 250).

13.— Yo ya analicé el texto celestinesco mostrando la venganza como uno de los motivos de la actuación de Celestina en «*Quinientos años de animadversión entre Celestina y Pleberio: posturas y perspectivas*», *Versiones y crónicas medievales: Actas del Coloquio Internacional VII Jornadas Medievales, México (Sept. 1998)* (México: UNAM, 2002), 13-29.

negociar con los criados de Calisto y abrir un trato con ellos —a su parecer— necesario y conveniente.

El paso inicial de la confederación

Para Celestina, entrar en una confederación con Sempronio, con quien iba a compartir unos bienes todavía no calculables, no le ofrecía problema alguno. Será Pármeneo quien necesitará de más tiempo para ponerse de su parte (y de la de Sempronio) sin vacilaciones. Consideremos ahora los primeros pasos de esta confederación de tres.¹⁴ Ella fraguó primero el pacto de colaboración con Sempronio cuando el criado de Calisto le comunica en el auto primero:

Calisto arde en amores de Melibea; *de ti y de mí tiene necesidad*. Pues *juntos* nos ha menester, *juntos* nos aprovechamos, que conocer el tiempo y usar el hombre de la oportunidad haze los hombres *prósperos*», a lo cual responde esta experimentada alcahueta venida a menos y con el manto raído y con agujeros: «*Bien has dicho*; al cabo estoy (...)». (I, 107)

Sempronio acepta este «Bien has dicho» como un compromiso para trabajar y compartir *juntos*, aunque la tercera empieza inmediatamente a pensar en sus propias estratagemas para sacar provecho de esta nueva oportunidad para volver a ganar ricamente de lo que había sido su principal profesión: la alcahuetería.¹⁵

Cuando los dos nuevos confederados llegan a la puerta de Calisto, escuchan unas palabras malsonantes del criado más joven, Pármeneo, que ensarta mil y una críticas de Celestina —de su pasado, su casa, su laboratorio y sus oficios— todo lo cual, según él, era «burla y mentira» (I, 113). Esta diatriba no la esperaba Celestina. Siente la urgente necesidad de ha-

14.— La palabra 'confederación' no es un invento mío. Sempronio le dice a Pármeneo después de las revelaciones de su larga noche de amor con Areúsa y la exultante alegría del joven criado: «No dubdo ya tu *confederación con nosotros* ser la que deve; abraçarte quiero; *seamos como hermanos*; (...) Comamos y holguemos, *que nuestro amo ayunará por todos*» (VIII, 217). Importante indicio de una nueva alianza entre los dos, Sempronio y Pármeneo; un paso que les fortalece para cometer el asesinato de Celestina; y clave para comprender la profunda ironía de la formación de la confederación de tres, que es lo que hace posible esta confederación de dos.

15.— En el texto, Celestina tiene clientes de sus otras profesiones: recibe un porcentaje de los monedas que le da Crito (y otros) a Elicia (auto I) como 'madre superiora' de un prostíbulo; y el «padre de la desposada que llevaste el día de pascua al racionero» (como remendadora de virgos (VII, 209)). Puede que haya tenido otros oficios que el texto silencia, pero los más forman parte de su pasado, posiblemente alentados por su fama de ejercer muchos oficios: seis según Pármeneo (I, 110) o hasta treinta según Lucrecia (IV, 152), seguramente exagerando ella su cierta admiración por la vieja.

cer que también Pármeno, de una manera u otra, pase a estar de su lado y de Sempronio. Se amplía esta novísima confederación de dos cómplices a tres al escuchar Celestina y Sempronio este final de la peroración de Pármeno a Calisto: «(...) parlan lo que éstos *fingidamente han dicho, en cuyas falsas palabras pones el fin de tu desseo*». ¹⁶

Celestina hace callar a Sempronio: «Calla, que para la mi santiguada, do vino el asno vendrá el albarda; déxame tú a Pármeno, que *yo te le haré uno de nos, y de lo que oviéremos, démosle parte (...). Ganemos todos, partamos todos, holguemos todos*» (I, 115). ¹⁷ Antes, hablando con Sempronio, Celestina no sentía ningún temor; sin embargo, ahora lo siente ante la posible mala influencia de Pármeno y la idea de compartir los tres —ganando, repartiendo y holgando—, que conforman un irónico preludio a su propia tragedia. ¹⁸ Creo que es en este momento, sin darse cuenta los tres personajes involucrados, cuando el autor de la obra da las pistas para que los lectores puedan anticipar un hecho inesperado, al intuir que Celestina está sentenciando su propia muerte.

16.— Es evidente que Celestina no puede saber, no habiendo conocido hasta ahora a Calisto, el impacto que pueden tener estas palabras de Pármeno en su amo; es eso lo que le motiva a querer incluir a Pármeno en la confederación. Pero este Pármeno ya no es el jovencito que ella mandaba a la plaza para traerle comida y que llevaba a su lado como compañía cuando pequeño (I, 110), como conocerá definitivamente en el auto XII, al ver en el hijo la mala semilla de su madre Claudina: «Y tú, Pármeno, no pienses que soy tu cativa por saber mis secreto y mi vida passada y los casos que nos acaescieron a mí y a la desdichada de tu madre. *Y aun así me tratava ella, quando Dios quería*» (XII, 273). Para la evolución de Pármeno, ver Snow, 1989.

17.— Refiriéndose a Claudina, la difunta madre de Pármeno, Celestina refuerza lo dicho en otro momento a Sempronio: «Si tal fuesse agora su hijo, y mi cargo que tu amo quedasse sin pluma y nosotros sin quexa. Pero *yo le haré de mi hierro*, si vivo; *yo le contaré en el número de los míos*» (III, 143). Efectivamente, cumple con esta promesa haciendo que Pármeno posea a Areúsa, pero no antes que Celestina le haga prometer ser fiel a la confederación y ser el amigo de Sempronio (auto VII, 207).

18.— Con todo, Celestina nunca afirmó que el reparto sería a partes *iguales*; pero tanto Sempronio como Pármeno así lo entendieron siempre. Celestina a veces deja caer algunas palabritas que hacen temblar la confederación, pero que son inevitables si aceptamos que ella se considera superior en todo en relación a sus dos aliados. Será en el auto XII cuando la vieja revela su verdadero e íntimo pensamiento con estas palabras despreciativas hacia Sempronio, que también escucha Pármeno: «¿Qué tiene que hazer tu galardón con mi salario, tu soldada con mis mercedes? (...) *Aosadas que me maten*, si no te as asido a una palabrilla que te dixen el otro día viniendo por la calle («partezilla», [V, 173]). (...) Pues ya sabes, Sempronio, que estos ofrecimientos, *estas palabras de buen amor, no obligan*» (XII, 270). Es en este momento y con esta declaración de la vieja cuando el lector siente o sospecha que le espera una muerte anunciada. Y ella, inconsciente del peligro en que se ha metido, con su «*Aosadas que me maten*», verbaliza otra de las ironías que conlleva la confederación, sin concebir que sus aliados engañados podrán transformarse en matones.

La confederación y sus altibajos e ironías: el caso de Sempronio

En casi cada auto hasta el XII encontramos huellas de la confederación, a veces a través de sus avances y retrocesos, y otras subrayadas con pinceladas de la más fina ironía. Calisto es, naturalmente, el que no puede imaginarla, cegado como está por su obsesión con la obtención de los encantos de Melibea. Y ya concertada la confederación, Calisto —el gran inocente— dirige estas palabras llenas de insospechada ironía a Sempronio: «Sempronio, *amigo*, pues tanto sientes mi soledad, llama a Pármeno y quedará conmigo, y *de aquí adelante sey como sueles leal. Que en el servicio del criado está el galardón del señor*» (II, 133). Son pronunciadas estas palabras ante el lector con fina ironía justo en el preciso momento en que el «servicio» de Sempronio anda por otro camino y con una finalidad desconocida por su amo. Lo confirma Sempronio en el auto siguiente (hablando con Celestina de los peligros y riesgos que les acechan en esta embajada) cuando argumenta: «más vale que *pene el amo que no peligre el moço*» (III, 141), y agrega: «querría que este negocio oviesse buen fin, *no por que saliesse mi amo de pena, más por salir yo de lazeria*» (III, 145). Y cuando la confederación está más avanzada y las traiciones de Sempronio son más que evidentes a los lectores, Calisto —todavía inocente— pronuncia muchos más encomios sobre él: «Sempronio, mi *fiel* criado, mi *buen* consejero, mi *leal* servidor, sea como a ti parece. Porque cierto tengo, según *tu limpieza de servicio, quieres tanto mi vida como la tuya*» (VIII, 221). Mayor ironía, imposible.¹⁹

Pero continuemos con Sempronio. Entre él y Celestina hay fricciones que a veces afloran. Los temores expresados por el criado en el auto III sobre el posible fracaso de su embajada hacen que ella se sienta ofendida: «¡Alahé, *en mal hora a ti he yo menester para compañero*, aun si quisieses avisar a Celestina en su officio!» (III, 145). Al menos la vieja Celestina quiere convencer a su confederado de su superioridad en tales negocios, pero para sus adentros ella siente verdaderos temores, que su orgullo profe-

19.— Podemos comparar la intensidad de la ironía que reina en el auto XII con la que acontece en el auto XVI, hablando Alisa con Pleberio de Melibea, la hija que ya perdió su virginidad. Alaba la madre a la hija por su «casto vivir y honesta vida y humildad» (XVI, 303), agregando para Pleberio «¿(...) y piensas que sabe ella qué cosa sean hombres (...) piensas que su virginidad simple le acarrea torpe desseo de lo que no conoce ni ha entendido jamás?» (XVI, 306). El autor ha intensificado esta decepcionante percepción de la castidad de Melibea antes, en el auto XII, cuando, habiendo estado Calisto charlando con Melibea a la medianoche, los padres sienten ruidos y Pleberio le pregunta a su hija quién hace ruidos en su cámara, y ella contesta que era Lucrecia «que salió por agua para mí, que *avía gran sed*». Pleberio no duda de su hija y acepta esta mentira como verdad, diciendo: «Duerme, hija, que pensé que era otra cosa» (XII, 266). La *sed* de Melibea, efectivamente era de otra calaña (no pudo acariciar a su amado por causa de la puerta cerrada). Pleberio cierra los ojos (en ambos sentidos) y vuelve a dormir, no comprendiendo que ese ruido «era otra cosa» (XII, 266), una creciente pasión que consume a Melibea y que él tendrá que lamentar después (auto XXI). Es otra de las muchas ironías que pueblan la obra.

sional no le permite verbalizar ante un subordinado. Es decir, no pronunciados hasta su soliloquio al inicio del auto IV, cuando sus dudas y temores salen a la superficie comentando en alta voz: «¿Adónde yrá el buey que no are? (...) Si no voy, ¿*qué dirá Sempronio*? ¿Qué todas éstas eran mis fuerzas, a saber y esfuerço, ardid y ofrescimiento, astucia y solicitud? (IV, 149). Y es que Celestina sí puede imaginar a un Sempronio desilusionado, pero nunca la posibilidad de su violencia.

Más tarde, Celestina pronunciará otra frase que debió sentar mal a quien espera compartir en partes iguales el botín: «Calla, Sempronio, que aunque aya aventurado mi vida, más mereçe Calisto y su ruego y tuyo, y *más mercedes espero yo de él*» (V, 176). Realmente, sólo unos segundos antes, Sempronio había dicho, en un aparte, un razonamiento que hubiera podido debilitar la solidez de esta confederación: «(¡O cobdiciosa y avarienta garganta! También *quiere a mí engañar* como a mi amo *por ser rica* (...). Pero gané harto, que *por bien o mal no negará la promessa*)» (V, 173-174). Crece la amenaza a la confederación de tres con estas palabras que la alcahueta no alcanza oír.

Después de la gran euforia que le rebosa por el triunfo de haber realizado un pacto con Melibea (Auto IV),²⁰ deja caer Celestina la palabra 'partezilla' cuando habla en la calle con Sempronio, rebajando los beneficios que él ansiaba y confiaba recibir. Sempronio lo toma muy mal: «¿Partezilla, Celestina? *Mal me parece* esso que dizes» (V, 173). La respuesta rápida y sobre la marcha de la codiciosa tercera merece que la citemos, por las promesas que hace inverosímiles para calmar la irritación de Sempronio: «Calla, loquito, que parte o partezilla, *quanto tú quisieres te daré; todo lo mío es tuyo*: gozémonos y aprovechémonos, que *sobre el partir nunca reñiremos*» (V, 173). Ella, con estas palabras falsas e inventadas irreflexivamente para salvar la situación, logra tranquilizar a Sempronio en ese momento, pero tan solo en ese momento, porque tanto él como ella van a recordarlas poco después, pero con interpretaciones opuestas. No obstante, lo de «sobre el partir nunca reñiremos» tiene el regusto a una promesa irónica que inserta el autor para que veamos a Celestina como artífice de su propia muerte. Porque sí que reñirán y todos los tres morirán peleando. No debemos subestimar esta huella en la breve historia de la confederación que decidió montar Celestina en un momento de su debilidad económica.

20.— Con este pacto con Melibea de su cordón y una oración a Santa Apolonia, Celestina cree merecer otro y mejor galardón de manos de Calisto, siendo que debe volver otro día «muy secretamente» (IV, 168) para la oración (una acción no presentada en el texto), pero principalmente por haber conseguido con el cordón la simbólica rendición de su virginidad, confirmada por ella misma en el auto X: «En mi cordón le llevaste embuelta la posesión de mi libertad» (X, 245), y reafirmada por Lucrecia en un aparte: «(¡Ya, ya, perdida es mi ama! Secretamente quiere que venga Celestina; fraude ay; ¡más le querrá dar que lo dicho!)» (IV, 168).

Por increíble que nos parezca, Sempronio no pierde fácilmente la esperanza de los prometidos beneficios a repartir en tres partes iguales. En este pasaje podemos escuchar un ejemplo de su defensa de la confederación de tres, cuando reprueba a su confederado Pármeneo, al volver éste de su larga noche de amores con Areúsa, que: «(...) yo te oído dar consejos vanos a Calisto y contradecir a Celestina en quanto habla, y por *impedir mi provecho y el suyo huelgas de no gozar tu parte (...)*» (VIII, 214). Y también cuando Pármeneo, de otro talante, le ofrece a Sempronio su amistad, éste le replica: «Si tú mi amigo fueras, en la necesidad que de ti tuve me avías de *favorecer y ayudar a Celestina en mi provecho, que no hincar un clavo de malicia a cada palabra*» (VIII, 215). Pero cuando Sempronio se entera de que Areúsa, prima de Elicia, ha sido la conquista de Pármeneo, los dos irán juntos a disfrutar de las dos primas, Elicia y Areúsa, a casa de Celestina (auto IX), por lo que en ese instante se olvidarán del pasado y, por tanto, la confederación de tres seguirá intacta.

Pero no todo está resuelto y parece que falta algo más en la relación entre los dos criados. Rondando la casa de Melibea, Sempronio y Pármeneo están unidos en su deseo compartido de evitar los peligros que pueden causarles «esta gente de Pleberio» (XII, 258), y cada cual se jacta abiertamente de su cobardía. Esta nueva solidaridad y compañerismo lo aprovecha Sempronio para intuir otro beneficio que les brinda la confederación de tres: «O Pármeneo, *amigo*, cuán alegre y provechosa es la *conformidad en los compañeros*; aunque por otra cosa no nos fuera buena Celestina, *era harta la utilidad la que por su causa nos ha venido!*» (XII, 258). Lo que hace intuir a los lectores en el nacimiento de una nueva confederación de dos, creada espontáneamente sin que lo sepa Celestina. La vieja alcahueta ignorará esta nueva confederación, aunque fuera ella la que la hiciera emerger. Otra ironía con consecuencias fatídicas.²¹

La confederación y sus altibajos e ironías: el caso de Pármeneo

¿Y que podemos decir de Pármeneo? Parece que en el auto I las persuasiones de Celestina y su intento de servirle como consejera y segunda madre le fueron convenciendo, a pesar de las dudas anteriormente expresadas, por lo que Pármeneo puede decir:

21.– Por la gran enemistad que en el auto I muestra Pármeneo con Sempronio hablando con Celestina (Calisto lo llama ‘envidia’, I, 114), me parece que la vieja no concibe que un día los dos criados podrían oponerse a ella en todo lo que les había propuesto (es decir, el reparto de los bienes ganados a Calisto). La ironía del éxito de Celestina en hacer que los dos enemigos acaben siendo amigos, juega un importante rol en el asesinato de la «puta vieja».

Por eso perdóname, háblame; que no sólo quiero oírte y creerte, más en singular merced *recebir tu consejo*. (...) manda, que *a tu mandado mi consentimiento se humilla*. (I, 128).

El largo parlamento entre Pármeno y Celestina forma parte del plan de la tercera para apartar al sirviente de su inútil fidelidad a Calisto, como había prometido a Sempronio (I, 115, citado arriba).²² No obstante, Pármeno sigue pensando que todavía puede medrar con su amo Calisto, al menos hasta la escena en que Calisto, enfadado con él por sus críticas continuadas a Celestina, le manda sacar el caballo, un oficio humillante para Pármeno; el resultado es que el verdadero Pármeno, el resentido sirviente, aflora y se deja ver. El criado, ofendido y más que molesto, recuerda los ofrecimientos recientes de Celestina y dice: «Si yo creyera a Celestina con sus seys dozenas de años acuestas, no me maltratara Calisto.²³ *Mas esto me porná escarmiento daqui adelante con él*» (II, 137). Irónicamente Calisto está fortaleciendo la confederación, aun sin saber o sospechar de su existencia.

En el auto VI, cuando Celestina presenta el cordón de Melibea a Calisto, sus confederados hablan mediante apartes. Pármeno, muy ofendido por la avaricia de la tercera al pedir un manto (dice que la suya es «raído y viejo» [VI, 177]), susurra contra Celestina a Sempronio: «*Todo para ti y no nada de que puedas dar parte*. (...) No le pierdas palabra, Sempronio, y verás como *no quiere pedir dinero, porque es divisible*», y después agrega: «Bien sufriré yo más que pida y pele, *pero no todo para su provecho*» (VI, 178). Sempronio, igualmente afectado por la *cupiditas* de Celestina, replica: «pero déxala varde sus paredes, que después vardará las nuestras *o en mal punto nos conoçió*» (VI, 178).²⁴ Celestina es consciente de esas murmuraciones, pero al no entender las palabras no sabe cómo podrían afectarla.

22.— Celestina dirá a Pármeno que deje «los vanos prometimientos de los señores, los cuales deshechan la sustancia de sus sirvientes con huecos y vanos prometimientos. Como la sanguijuela sacan la sangre, desagradescen, injurian, olvidan servicios, niegan galardón» (I, 122). Aquí inicia con este desprecio del rompenecios Calisto, su campaña para que Pármeno cobre amigos en casa, es decir, Sempronio.

23.— Esta reacción en contra de Calisto —quien le trató como simple mozo de caballos— surge en poco espacio de tiempo, cuando el amo le insulta mediante una serie de crudas palabras indignas de un caballero: ‘enojoso’, ‘loco’, ‘necio’, ‘vellaco’, ‘mal criado’, ‘perdido’, y ‘fingiéndote fiel, eres un terrón de lisonjas, bote de malicias, mesón y aposentamiento de la embidia (...)’ (II, 134-136). Muchos de los insultos del amo sirven para comprender la reacción amargada y el tono fuerte del criado, que los tiene que oír sin poderse defender. Poco después, estando solo, el rencor del criado explota: «Destruya, rompa, quiebre, dañe; *dé a alcahuetas lo suyo, que mi parte me cabrá*» (II, 137). Estas palabras subrayadas son un avance de la futura complicidad con Sempronio y Celestina (auto VII) y, sobre todo, en cómo medraría él con «mi parte».

24.— Con estas palabras, Sempronio se identifica con los intereses de Pármeno y en contra de la alcahueta codiciosa. Es una afinidad que se reforzará constantemente sin que Celestina pueda hacer nada, al no enterarse de esta nueva confederación de dos.

Cuando Calisto manda que Pármene vaya a buscar el sastre para arreglar y confeccionar el manto y saya de Celestina, Pármene se muestra rencoroso, y el amo le regaña diciendo: «No ay cierto *tan malservido hombre* como yo, manteniendo moços tan adevinos, reçongadores, *enemigos de mí bien*» (vi, 185). La ironía salta a la vista, porque Calisto dice una verdad sin darse cuenta de que ahora, efectivamente, sus criados «fieles» han dejado de serlo.

En el auto VII, resurge una recapitulación de este incidente, cuando Celestina y Pármene van por la calle; justo antes de que Pármene vuelva a mencionar la promesa de la vieja de conseguirle los amores de Areúsa, Celestina retoma lo del sastre. La codiciosa alcahueta redondea esta versión falsa de sus motivos y termina con argumentos proferidos en el primer auto de la obra, disculpándose con palabras tan melindrosas como falsas:

(...) que de lástima que ove de verte roto pedí hoy manto, como viste, a Calisto; no por mi manto, pero por que, estando el sastre en casa y tú delante sin sayo, te le diesse. Assí que no por mi provecho, como yo sentí que dixiste, mas por el tuyo, que si esperas al ordinario galardón destes galanes, es tal que lo que en diez años sacarás, atarás en la manga. (...) ¡O *cuan dichosa me hallaría en que tú y Sempronio estuviéssedes muy conformes, muy amigos, hermanos en todo* (...)! (vii, 195)²⁵

Todo es una mezcla de mentiras y verdades, excepto cuando vuelve una vez más a la idea de la conformidad entre sus dos confederados, sin saber Celestina que —irónicamente— tal conformidad ya se está forjando y pronto se hará aún más fuerte y en contra de ella.

Pero el efecto conciliador que Celestina busca se produce cuando Pármene vuelve a sentirse mejor y confiesa que está de su parte: «*Haz de las tuyas, que yo callaré*. Que ya tropecé en no te creer cerca deste negocio con él [Calisto]» (vii, 196). Luego, ya en casa de Areúsa, con un Pármene jadeando con lujuria y esperando poseer por fin los encantos de la hermosa ramera, Celestina hace que prometa serle fiel antes de entregarle su premio:

(...) pues que esto por mi intercesión se haze, que él *me promete de aquí adelante ser muy amigo de Sempronio* y venir en todo lo que quisiere contra su amo en un negocio que traemos entre manos. ¿Es verdad, Pármene? ¿Prométeoslo así como digo?»

25.— Esta insistencia de la tercera en la armonía entre sus dos confederados se repite muchas veces. Por ejemplo, en este parlamento hay otro señuelo de Celestina: «Mira a Sempronio (...) *querría que fuéssedes como hermanos*» (vii, 193), al que le sigue: «(...) crecería vuestro provecho *dándoos el uno al otro la mano*» (vii, 194).

Y la respuesta del impaciente mozo no se deja esperar: «Sí, prometo, sin dubda» (VII, 207). Pero el cumplimiento de esta promesa consolidará una nueva confederación, aquella que forman los dos criados (auto VIII) y que amenaza la confederación de tres con Celestina.

Aunque Pármeno puede —tal vez por costumbre— sentir que ha sido negligente en sus deberes como criado («¡O traidor de mí, en qué gran falta he cayó con mi amo!» [VIII, 211]), un astuto Sempronio le hará volver a la confederación de dos, recordándole que Calisto «no se acuerda de sí, ¿acordarse ha de ti?» (VIII, 217). La felicidad que siente Pármeno al tener a Areúsa como amiga le hace preguntarse. «¿Con qué pagaré esto?» (VII, 212), sin sospechar que una posible respuesta sería: ‘con la muerte’. Pero no podrá concebir este desenlace en su estado eufórico:

(...) cuánto soy arepiso de lo passado, cuántos consejos y castigos buenos *he recebido de Celestina en tu favor y provecho* y de todos: cómo pues este juego de nuestro amo y Melibea está entre las manos, *podemos agora medrar o nunca*. (VIII, 215)

En ese momento, y con esas palabras, adivinamos que el sujeto de ese ‘podemos’ en boca de Pármeno se limita, sencillamente, a él mismo y Sempronio, creyendo todavía en las (falsas) promesas de Celestina. Este acercamiento de los dos criados se intensificará más en los autos IX y XII, como veremos posteriormente.

La paz provisional con Celestina se extiende al auto IX, cuando los dos sirvientes roban de la alacena de su amo los ricos víveres y vinos para disfrutar y compartirlos en casa de Celestina, donde les esperan las dos primas amigas. Es una paz entremezclada con juegos sensuales y discusiones enérgicas con Areúsa y Elicia, interrumpidas con la llegada de Lucrecia, la cual pide a Celestina que se desplace para ver a su ama que está sufriendo fuertes dolores y la necesita urgentemente. Dejaremos de lado el auto X, en el que Melibea acepta a la tercera como segunda madre (ver Snow, 1996).

Será en el auto XI cuando surja de nuevo la desconfianza entre Celestina y Sempronio y Pármeno, ahora aliados y amigos —una vez sus diferencias olvidadas—. Es en el momento en que acaba de llegar a casa de Calisto con un mensaje que él casi no puede creer: Melibea ha cedido y le ha marcado una hora para un encuentro nocturno y secreto. La euforia que siente Calisto con esta rápida concesión aumenta su liberalidad: «Madre mía, yo sé cierto que jamás ygualaré tu trabajo y mi liviano gualardón. *En lugar de manto y saya (...) toma esta cadenilla; ponla al cuello (...)*» (XI, 250).

Con este magnífico obsequio, Celestina se retira contenta, creyendo que en el futuro no sufrirá más, al llevar tal fuente de riqueza entre sus manos. Se despide de Calisto, pero no de sus confederados, que quedan hablando entre sí:

PÁRMENO.— No estima el gasto. Pues yo te certifico no diese mi parte por medio marco de oro, *por mal que la vieja la reparta*. (XI, 250)

PÁRMENO.— [Me río] de la priessa que la vieja tiene por irse: no vee la hora que aver despegado la cadena en casa. (XI, 254)

SEMPRONIO.— ¡Pues, guárdese del diablo, *que sobre el partir no le saquemos el alma!* (XI, 254)

Así se manifiesta este paso en la nueva confederación de los dos criados en contra de Celestina, y nos ayuda a anticipar y justificar el asesinato de la vieja traidora en el auto XII.

El derrumbe de la confederación

El próximo paso, casi el último en la fragmentación de la confederación de tres, ocurre en las diferentes manifestaciones de la cobardía de los dos criados de Calisto, ya hermanados. En vez de proteger los intereses de su amo, Sempronio y Pármeno están dispuestos a abandonarle en vez de recibir posibles daños físicos a manos de los «escuderos de Pleberio» (XII, 263). Así lo indica un Pármeno nervioso —a su ahora colega y hermano Sempronio—: «En mal punto creo que se empearon estos amores. ¡Yo no spero más aquí!» (XII, 262). Al sentir un ruido cercano, dice él: «*Huye, huye (...) dexa broquel y todo*» (XII, 264), para poder escabullirse lo más rápido posible. Y cuando, ya lejano, Sempronio le pregunta a su compañero: «¿Si han muerto ya a nuestro amo?», Pármeno responde: «No sé; (...) corre y calla, que *el menor cuidado mío es esse*» (XII, 264).²⁶

Esta paladina demostración de cobardía se repite en muchos momentos y les deja a los dos exaltados en la vuelta a casa. Como realmente no ha sucedido ningún peligro, Calisto —terminada la entrevista con Melibea— quiere irse a la cama; pero ellos, en estado de exaltación, deciden ir a casa de Celestina con la intención de cobrar la parte del botín ganado a Calisto:

Sempronio: (...) antes que venga el día, quiero yo yr a Celestina a cobrar mi parte de la cadena. Que es una

26.— Cuando después Calisto les interroga sobre si sentían temor, recibe esta respuesta de Sempronio: «¿Temor, señor o qué? Por cierto, todo el mundo no nos le hiziera tener; ¡hallado avías los temerosos! *Allí estovimos esperándote muy aparejados y nuestras armas muy a mano*» (XII, 267). El crédulo Calisto agradece su ejemplar servicio (les había ensalzado también a Melibea [XII, 265]): «Hijos, en mucho cargo os soy; rogad a Dios por salud, que yo os galardonaré más complidamente vuestro buen servicio» (XII, 268). Una promesa que tiene otro toque de ironía.

puta vieja; *no le quiero dar tiempo en que fabrique alguna ruynidad con que nos escluya*». (XII, 268)

El temor a perder su tercera parte del botín sigue motivando las acciones de Sempronio. Lo que puede interesarnos ahora de los criados, estando ya en la casa de Celestina, es la nueva versión que ellos narran de sus acciones en defensa de Calisto. En esta versión sesgada, llena ahora de sus falsos excesos de valentía, ellos adquieren sentimientos de hombría. Y es precisamente esta exaltación, respaldada por su heroísmo inventado e ilusorio, que combinará con la denegación de sus dos partes de lo ganado de Calisto, lo que hará que pierdan sus papeles. Escuchemos a Celestina, que en este preciso momento se revela mezquina y fría con sus encendidos confederados, espetando estas palabras en cara de Sempronio:

¿Qué tiene que hazer tu galardón con mi salario, tu soldada con mis mercedes? (...) *Aosadas que me maten*, si no te as asido de una palabrilla que te dixе el otro día.²⁷ (...) Pues ya sabes, Sempronio, que *estos offrecimientos, estas palabras de buen amor, no obligan*. (XII, 270)

Incumpliendo la promesa hecha en el auto v —de que «todo lo mío es tuyo» (v, 173)— (ya comentada), rompe Celestina el contrato oral realizado en el auto primero. Celestina no ve la importancia que la confederación de tres tiene para los deseos de medrar de Sempronio y de Pármeno. Y por no verlo, tampoco ve la peligrosa situación que tiene delante y sigue ufandándose, a la vez que les denigra:

Esto trabajé yo; a vosotros os debe essotro. Esto tengo yo por officio y trabajo, vosotros por recreación y deleyte. Pues así *no avés vosotros de aver ygual gualardón de holgar, que yo de penar* (XII, 271).

Es Sempronio quien analiza esta nueva faceta de Celestina de manera muy acertada: «¿Quién la oyó esta vieja dezir que me llevasse yo todo el provecho, si quisiesse, deste negocio, pensando que sería poco? *Agora que lo vee crescido, no quiere dar nada* (...)» (XII, 272). También es Sempronio

27.— Esta palabrilla —«partezilla»— que dejó caer la alcahueta (v, 173) cuando se congratulaba de su conquista frente a la resistencia de Melibea y la obtención del cordón (auto iv), es esencial para el entendimiento de las confederaciones. Y con esta palabrilla nos da a entender a los lectores que la vieja malvada nunca tuvo idea de repartir el botín en tres partes iguales. Y que Celestina la diga, estando enojado Sempronio, es un error garrafal y peligroso, del que no tendrá tiempo de arrepentirse por haberla mencionado: «que parte o partezilla, *quánto tú quieres te daré. Todo lo mío es tuyo* (...)» (v, 173). Estas palabras serán repudiadas más tarde por la misma Celestina, al haberlas tomado «de buen amor» tan en serio Sempronio (XII, 270): «(...) te dixе el otro día viniendo por la calle, que *quanto yo tenía era tuyo* y que en quanto pudiesse con mis pocas fuerças, *jamás te faltaría* (...)» (XII, 270). Las palabras dichas y no cumplidas crearán una tensión desastrosa para la vieja, porque había creado la confederación en el auto primero con la promesa de estas tres cosas: compartir, holgar y ganar.

quien le dará una última oportunidad a Celestina de cumplir con el reparto acordado: «Danos *las dos partes* por cuenta de quanto de Calisto as recibido» (xii, 273). Además, le pregunta con una voz amenazante: «¿No serás *contenta con la tercera parte* de lo ganado?» (xii, 274). Y sigue siendo Sempronio el más violento de los dos al oír a Celestina llamarles rufianes, expresión que le lleva a un punto de no retorno: «¿Rufianes o qué? Espera, doña hechizera, que *yo te haré yr al infierno con cartas*» (xii, 274). Y, animado por Pármeneo, su confederado («¡Dale, dale, acábala, pues començaste» [xii, 274]), la hace ir, efectivamente, al demonio con cartas.

El final de las dos confederaciones

La confederación que Celestina decidió formar en el primer auto de la obra, y que se va consolidando hasta el auto vii, cuando Pármeneo promete ser amigo de Sempronio y colaborar en el asunto que traen los tres entre manos, se rompe en el Auto xii con la muerte violenta a manos de sus dos confederados. Una de las grandes ironías de la obra es que Celestina nunca entendió que, dentro de esta confederación de tres, pudiera surgir otra confederación de dos (Sempronio y Pármeneo), cuyos antecedentes remontan a los autos v y vi y toma forma sólida en los autos viii, ix, xi y xii, al disiparse la envidia y enemistad de los dos criados de Calisto ante la creciente evidencia del grotesco protagonismo egoísta de su supuesta aliada. Y una vez muerta Celestina (cuyo desbordado egoísmo la ha deformado, desnaturalizado y empequeñecido), los asesinos, actuando unidos en su deseo de evitar el castigo y la muerte, saltan de la ventana de la casa de Celestina y son aprehendidos inmediatamente por los alguaciles, y degollados horas después en la plaza. Una última ironía que deshace en un tris la confederación de dos, inimaginable en el primer auto y operativa a partir del quinto auto y siguientes.

Las ironías se han multiplicado a lo largo de la existencia de esta confederación o, mejor dicho, estas confederaciones. Celestina, al aceptar la propuesta de Sempronio de aprovecharse *juntos* de los amores de Calisto, se alegra de su rol metafórico «como los cirujanos de los descalabrados» (i, 107), pero no vivirá para saber del descalabro real de Calisto. Y Celestina, a quien le parece fácil hacer que Pármeneo venga «manso y benigno a picar el pan en el puño» (i, 115), ni imagina la ironía de su trágica metáfora al incorporar al segundo criado en su confederación: será Pármeneo el futuro coautor de su asesinato violento.

Es innegable que Celestina ha sido y es una mujer codiciosa y egoísta. Su autoestima sobresale en tantas palabras jactanciosas a cada paso dado en los doce primeros autos de la *Tragicomedia*, pero son palabras vanas que enmascaran a una mujer en plena decadencia profesional. Creo que el lector podrá deducir que las acciones que llevan a su muerte violenta tienen

sus raíces en el primer auto, centradas en los riesgos implícitos de una serie de situaciones creadas por ella, en este caso para mal. Al recibir el alivio de las cien monedas de oro al final del primer auto, ya había formado la confederación de tres con los dos criados, que, igual que ella, deseaban también medrar. No hay vuelta atrás; Celestina tendrá que seguir representando la farsa de «ganemos todos, partamos todos, holguemos todos», creyendo finalmente no tendrá que cumplir con su palabra dada.

Nuestra Celestina con sus sesenta años a cuestas rememora continuamente su época de gloria del pasado y confiesa en un raro momento de introspección: «Mi honrra llegó a la cumbre, *según quien yo era*; de necesidad es que desmengüe y abaxe. *Cerca ando de mi fin. En esto veo que me queda poca vida*» (IX, 234). Podemos intuir que es, nada más y nada menos, pura ironía dramática. Pero no es únicamente esto, a mi parecer. Nadie sabe cuánto va a vivir²⁸ y Celestina sólo da voz a algo que de verdad está sintiendo en su alma en un raro momento de honestidad. Empobrecida, venida a menos, habiendo tenido que mudar de casa y barrio, teniendo antes un negocio que florecía con nueve mozas de la edad de Lucrecia (IX, 234), y que ahora se ha reducido a una y, aun peor, con una que odia «esta profesión» (VII, 210), Celestina juzga que las arcaduces de la Fortuna le han traído a este estado de decadencia.

Su anterior vida como prostituta joven y, a continuación, como alcahueta se ha desarrollado en el mundo del sexo a cambio de dinero. Se entristece por las pérdidas que los años han ocasionado en su fortuna, y también de su potencia sexual, que ahora está limitada a sentir la sangre subir a las encías, siendo espectadora de las escenas eróticas (auto VII, 208). Lo que lamenta es la realidad del estado decaído de «quién era», que es lo que tanto le conmociona en el diferente presente. Por ello, siente que anda cerca de su fin. La ironía del momento cuando se sincera delante de testigos es que ella seguramente esperaba otro fin y no el que ella misma ha preparado, materializado en una conclusión sangrienta por unos confederados traicionados.

Se puede defender que Celestina muere cegada por su codicia, o hasta por su orgullo como profesional, como muchos críticos y lectores aseveran. Yo no quiero negar que ambas características hayan jugado un papel central en el *quién era* y el *quién es* Celestina en la genial caracterización creada por los autores de la *Tragicomedia*. Son factores que en buena parte colaboran en su muerte. Sin embargo, como se ha argumentado en estas páginas, la Celestina venida a menos y repentinamente poseída de una

28.— Remito a las palabras de Celestina cuando está filosofando con Melibea y no pensando en su caso personal: «Tan presto, señora, se va el cordero como el carnero; ninguno es tan viejo que no pueda vivir un año, ni tan moço que hoy no pudiese morir» (IV, 157). No se atisba aquí nada del profundo sentimentalismo del auto IX cuando la vieja piensa en la muerte: «Cerca ando de mi fin» (IX, 234). Para Celestina, la muerte es abstracta y futura, no real y cercana.

inesperada embajada de alcahuetería que se desarrollaría en el círculo social más alto de la ciudad, ha perdido parte de la confianza adquirida de sus andanzas anteriores y concibe de una manera rápida y sin meditarlo suficientemente apoyarse en una confederación con Sempronio y Pármeno, criados del rico y liberal Calisto, y por las razones ya comentadas.

En otras palabras, creo que Celestina no hubiera sido asesinada si no hubiera sentido la necesidad de una colaboración —confederación— con Sempronio y Pármeno. Lleva años Celestina como mujer profesional codiciosa y orgullosa sin sufrir amenazas para con su vida, y en el acto IX se siente cerca de su fin, pero por su edad y por unos cambios radicales de su fortuna. Lo que es nuevo y contribuye a la sorprendente y no esperada forma de su muerte es el haberse confederado en el auto primero con dos sirvientes separados por tensiones y celos en contra de Calisto para ganar y compartir los tres. Lo que ella hace posible —irónicamente— es la anulación de las diferencias entre sus confederados y un nuevo compañerismo y hermandad de estos (la confederación de dos), antes enemistados criados, en contra de Calisto (por ganancias) como contra ella (por el prometido reparto del botín).

La diferencia entre el *quién era* y el *quién es* Celestina ha desempeñado un rol fundamental en esta interpretación de las causas de la muerte violenta de la vieja Celestina. Ella forma y sostiene esta confederación («ganemos todos, partamos todos, holguemos todos» [I, 115]) pero sin creer por un instante que sus aliados pudieran insistir en que se cumpliera el contrato. La confederación con ellos es un error fatal. La ironía final es que la vieja, con incertidumbre al escuchar las fuertes críticas de Pármeno en el primer auto,²⁹ inventa todo lo referido al tesoro que le había dejado su padre Alberto, le ilusiona con la tentación de poseer a Areúsa, etc., reduciéndole a un discípulo que se aferra a su plan de hacerle medrar y mejorar su vida. Pero sólo unos minutos más tarde, con las cien monedas de oro en sus manos, no hubiera necesitado Celestina de esta confederación. Pero la había formado y tiene que vivir con ella, sea como sea y, con el tiempo, habremos de ver a Celestina como provocadora, por involuntaria que sea, de su propia muerte violenta: una muerte anunciada, teñida de múltiples ironías.

29.— Una ironía menor es que Celestina, al oír por casualidad las críticas de Pármeno, no sabía quién era de verdad. Y luego cuando él le recuerda de que era un huérfano que ella le cuidaba hace años, ella se adapta a las circunstancias y exclama: «(...) oye agora, mi hijo, y escucha, que aunque a un fin soy llamada, a otra soy venida, y maguera que contigo me haya hecho de nuevas, tú eres la causa» (I, 120). A pesar de ser una burda mentira, Pármeno no ofrece oposición y Celestina sigue con su plan de convencerle de que medraría mucho más estando de su parte y no de la parte de su amo.

Posdata

Quiero concluir estas reflexiones de la confederación de tres (y de dos) con unas observaciones de cómo afecta a otros personajes después de la muerte de Celestina, Sempronio y Pármene. En el auto XIII, Calisto le pregunta a Sosia sobre la causa de la muerte de Celestina y el degollamiento de Sempronio y Pármene, y recibe esta respuesta de su mozo de caballos: «[habló Elicia] diciendo que porque *no quiso partir con ellos una cadena de oro que tú le diste*» (XIII, 281). Al enterarse de esta forma de la confederación en su contra, Calisto pronuncia este juicio duro e irónico: «Ellos eran sobrados y esforçados (...) La vieja era mala y falsa, según parece que *hazía trato con ellos* y así que riñeron sobre la capa del justo» (XIII, 281-82). Y la misma Elicia que lo comunicó todo a Sosia, al informar a Areúsa de las muertes de sus dos amantes y de Celestina, narra la escena final en una de las recapitulaciones menos manipuladas de la obra:

[Celestina] quando se vido tan rica, alçóse con su ganancia y *no quiso dar parte a Sempronio ni a Pármene dello, lo qual avía quedado entre ellos que partiessen lo que Calisto diesse*. Pues como ellos viniessen cansados una mañana de acompañar a su amo toda la noche, muy ayrados de no sé qué questiones (...) pidieron su parte a Celestina de la cadena para remediarse; *ella púsose en negarles la convención y promesa y decir que todo era suyo lo ganado* (...). Assí que ellos muy enojados, por una parte los aquexava la necessidad que priva todo amor, por otra el enojo grande y cansancio que traían que acarrea alteración, por otra *veían la fe quebrada de su mayor esperança*, no sabían qué hazer; estovieron gran rato en palabras; al fin viéndola tan cobdiciosa, perseverando en su negar, echaron manos a sus spadas y diéronle mil cuchilladas. (...) Ellos (...) por huyr de la justicia, que acaso passava por allí, saltaron por las ventanas y quasi muertos los prendieron, y sin más dilación los degollaron. (xv, 296-97)³⁰

Es a partir de esta noticia que pondrá en práctica Areúsa, con Centurio, un plan de venganza de los amantes, y en particular de Calisto. Aunque Centurio hace otro arreglo con Traso el cojo, la aparición de éste y sus aliados en la calle sí lleva a Calisto a su absurda muerte y, como impensa-

30.— En esta recapitulación, hay dos hechos que no cuajan con lo que el lector sabrá mejor que Elicia. Uno es que sólo Sempronio dio las estocadas a la traidora alcahueta y no los dos (al menos el texto no da indicios de la participación activa de Pármene). El segundo hecho es que los asesinos no fueron degollados al lado de la casa de Celestina, sino en la plaza donde los vio Sosia, pero puede ser solo lo que creía que pasó Elicia, tan conmocionada en presencia del cadáver de su protectora.

da consecuencia (para Areúsa, al menos), la muerte de Melibea. Curiosamente, el final de las dos confederaciones en el auto XII engendra, de esta manera, la situación de la caída, descalabro y muerte del mismo Calisto. Calisto con soberbia suprema, declara a los tres que le proporcionaron la obtención de Melibea ser sobrados, malos y falsos, pero irónicamente la muerte de los tres directamente conduce a la situación que resulta en su propia muerte. Así es que el final de las dos confederaciones en el auto XII sigue afectando a los vivos y produce nuevos eslabones en la cadena de ironías, una cadena que acaba con las últimas dos muertes de la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*.

Bibliografía

- BERNDT, Erna, «Peripecias de un título: en torno al nombre de la obra de Fernando de Rojas», *Celestinesca* 9.2 (Otoño 1985), 3-46 (ilustrado).
- ROJAS, Fernando de, *La Celestina*, ed D. S. Severin (Letras Hispánicas 4, Madrid: Cátedra, 1990).
- SNOW, Joseph T., «¿Con qué pagaré esto? The Life and Death of Pármeno», en *The Age of the Catholic Monarchs 1474-1516: Literary Studies in Memory of Keith Whimmon*, eds. A. Deyermond & I. MacPherson (a special issue of *Bulletin of Hispanic Studies*). Liverpool University Press, 1989, 185-192.
- , «Two Melibeas», en *'Nunca fue pena mayor.'* *Estudios de literatura española en homenaje a Brian Dutton*, ed. V. Roncero López & A. Menéndez Collera (Cuenca: Univ. de Castilla-La Mancha, 1996), 655-662.
- , «Quinientos años de animadversión entre Celestina y Pleberio: posturas y perspectivas», en *Versiones y crónicas medievales: Actas del Coloquio Internacional VII Jornadas Medievales, México (Sept. 1998)* (México: UNAM, 2002), 13-29.
- WHINNOM, Keith, «*La Celestina*», «*The Celestina*», and L₂ Interference in L₁», *Celestinesca* 4.2 (Nov. 1980), 19-21.

SNOW, Joseph T., «Confederación e ironía: crónica de una muerte anunciada (*Celestina*, autos I-XII)», *Celestinesca* 37 (2013), pp. 119-138.

RESUMEN

Este ensayo tiene como objetivo comprender el por qué del asesinato de Celestina y, en particular, su propio rol en él. Comienza todo en el primer auto, cuando por sus propias circunstancias, como una mujer profesional venida a menos, siente la necesidad de tener un respaldo y crea una confederación con Sempronio y Pármeneo, los dos criados de Calisto. Su error fatal es la formación de esta confederación que conducirá a su asesinato. Todos los pasos en esta confederación, desde el auto primero al duodécimo, se catalogan y se analizan a la luz de las múltiples ironías que la acompañan. Una sección final comenta los nexos entre esta confederación y sus consecuencias y las muertes de los dos protagonistas al final de la obra.

PALABRAS CLAVE: *Celestina*, confederaciones, ironías, traiciones, Pármeneo, Sempronio.

ABSTRACT

This essay attempts to understand why Celestina is assassinated and, especially, her own role in it. It begins in Act I when, owing to her current circumstances as an impoverished professional fallen on hard times, she senses the need to have as a backup a confederation with Calisto's servants, Sempronio and Pármeneo. It is this confederation that proves to be her fatal flaw as it proves to be instrumental in her assassination. In the essay, all the steps leading from the formation of the arrangement to the final and fatal consequences (Acts I through XII) are studied and analyzed in the light of the many accompanying ironies. A final section speaks to the issue of how the confederation and its consequences provide a link to the final deaths of the two lover protagonists.

KEY WORDS: *Celestina*, confederations, multiple ironies, double-crossings, Pármeneo, Sempronio.

